

les y santos me condujeron por caminos ignorados, me libraron de ladrones y asesinos, y me llevaron á puerto seguro sin que yo supiera el modo.„

Por todo lo dicho en este capítulo puede colegir el lector lo que eran, poco más ó menos, las Misiones del P. Claret, aunque sólo de una manera vaga y confusa, debida en parte á nuestro desaliño y descuido en presentar los hechos con el entusiasmo y brío que ellos merecían, y en parte también á la naturaleza de las mismas cosas, que vistas á bulto y en general apenas muestran la mitad de lo que son; mas revestidas con el vistoso ropaje de la historia y puestas de este modo al alcance de nuestros ojos, que, como de carne, suelen ver más clara y gustosamente en los objetos sensibles y determinados que en los abstractos y enjutos del orden espiritual, dejan en el ánimo más honda impresión y le recrean más gustosamente. No desespere, pues, el lector que haya leído este capítulo, porque, como antes se advirtió, el objeto de él fué dar una idea genérica de las Misiones y lo ordinario que en ellas acontecía al P. Claret, para excusarle después repeticiones inútiles y fastidiosas, que no es poco decir. Tenga, pues, paciencia y siga adelante, que en los capítulos que siguen hallará la parte viva y animada de la historia.



CAPÍTULO VIII

DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET HASTA LA CAÍDA DE LA REGENCIA (1841-1843)

1. Estado del clero español en este tiempo, y de las persecuciones movidas contra el P. Claret. — 2. Vese éste obligado á retirarse á la parroquia de Pruit. — 3. El P. Claret en Vich. — 4. Misiones en San Juan de Oló y en los pueblos vecinos.—5. Su vida privada en este tiempo: cae el Gobierno de la Regencia.

1. Dejamos al P. Claret libre de todo cargo parroquial en la ciudad de Vich, adonde se había trasladado para ponerse á las órdenes del Gobernador eclesiástico, dispuesto á todas horas á ir á cualquier pueblo donde éste, en nombre del Señor, le enviara. La fama de sus predicaciones le había granjeado ya el título de Misionero apostólico; los párrocos y los feligreses le pedían á porfía que fuera á sus iglesias á anunciar la divina palabra; cuando llegaba á los pueblos, sus habitantes le recibían como á un ángel de paz, le miraban con veneración, le escuchaban con docilidad, y en todas partes se obraban maravillas é innumerables conversiones.

No podía el espíritu maligno llevar en paciencia que le fueran arrebatadas tantas almas, y así movió contra el Siervo de Dios una persecución terrible, excitó contra él todas las pasiones humanas y se empeñó en exterminarle, ó á lo menos en hacerle odioso á todos los hombres. Favorecían, por desgracia, al enemigo infernal las circunstancias de los tiempos, harto pe ligrosas para cuantos trabajaban por la causa de la Religión y de la Justicia. Los malhadados políticos que en la época llamada de la Regencia regían los destinos de la nación, no satisfechos con la sacrilega supresión de los conventos, dieron otras

muchas y concluyentes pruebas de su odio á la Iglesia y sus ministros. Se prohibió á los Obispos el conferir las sagradas Órdenes, se decretó la unión ó la supresión de parroquias donde hubiera más de una; mandáronse recoger las licencias de predicar y confesar á los sacerdotes que no presentaran una certificación de buena conducta política y de adhesión al Gobierno; se amenazó con graves penas á los diocesanos que se mostrasen remisos en el cumplimiento de estas inicuas y sacrílegas órdenes, y se los sometió á la vigilancia de los jefes políticos. Y como si todo esto no bastara para llenar de amargura la Iglesia española, como si no fuera bastante doloroso el camino del Calvario que le habían hecho emprender, aquellos hombres sin Dios y sin conciencia, esclavos é idólatras de sus pasiones, añadieron ultraje sobre ultraje, dolor sobre dolor, hasta dejarla como exánime y desangrada, sin Pastores, sin clero y sin Sacramentos.

Como muchos seminaristas, que después de terminada la carrera, no podían ordenarse en su patria á causa de la maldita ley, ó mejor orden tiránica del año 1835, habían recibido en países extranjeros, y principalmente en Roma, la dignidad sacerdotal, y vueltos á España ayudaban á los Prelados en el sagrado ministerio, D. José Alonso, ministro de Gracia y Justicia, de infausta memoria para la católica España, en 17 de Abril de 1841 mandó recoger "los títulos, cartillas de órdenes y las licencias de celebrar, predicar y confesar á los ordenados desde Octubre de 1835 por Prelados extranjeros ó por los que seguían la causa de D. Carlos, los privó del fuero y de los demás privilegios eclesiásticos y mandó á los alcaldes que cesasen el cumplimiento de este decreto. En fin, tiempos más aciagos que aquéllos para la Iglesia española no se habían visto en muchísimos siglos, pues el Gobierno de Madrid, como dejado de la mano de Dios, cada vez desbarraba más, trastornando toda la jurisdicción eclesiástica, desterrando á los Obispos, encarcelando á los sacerdotes celosos que cumplían con su deber, y llegando en su carrera infernal hasta el extremo de presentar á las Cortes un proyecto cismático de ley pidiendo la separación de Roma y que no se reconociera al Romano Pontífice ninguna jurisdicción sobre la Iglesia española.

Verdad es que el P. Claret había sido muy remirado en todas sus acciones para no dar que sospechar á los *caciques*

gubernamentales y no le impidieran con algún pretexto la predicación de la divina palabra. Pero á pesar de su trato sencillo y discreto, y de la amabilidad que le ganaba los corazones de los mismos enemigos cuando tenían la feliz suerte de conversar con él; á pesar de su extremada prudencia y vigilancia no pudo evitar el ser perseguido de los malos, como le acaeció también á San Pablo, según leemos en los Hechos Apostólicos, no obstante los esfuerzos que hacía para contentar á todos sacrificándose por cada uno. A más de que ésta suele ser la corona de los justos y de los santos, como fué la de Jesucristo, nuestro divino Redentor; y así no es de maravillar que las persecuciones de aquellos tiempos alcanzaran también á nuestro Padre, como alcanzaron á todos los buenos. Semejante tempestad contra el Siervo de Dios se levantó con la ocasión que ahora diré.

"El elevado concepto que sabios é ignorantes de su edificante vida y de sus predicaciones se formaban, movió al señor Gobernador eclesiástico de Vich á confiarle la Cuaresma de la Santa Iglesia Catedral en aquel año, que, según noticias, fué el de 1841. Esperábase con alegría escuchar al varón de Dios, y uno de los nuestros nos refirió haber oído contar que hasta del Vallés hubo familias que alquilaron en la ciudad de Vich algunos pisos para permanecer en ella aquella temporada y tener el gusto de asistir á los sermones del bienaventurado Padre. No era de temer que en una población tan distinguida por su fe y por sus buenas costumbres como era Vich, se hiciera oposición á la autoridad eclesiástica, pero no fué así; á instancia, sin duda, de algún agente del diablo, el jefe político de la provincia de Barcelona prohibió anunciar la palabra divina al predicador de la Cuaresma en la Catedral por medio de una orden que le fué comunicada por el alcalde (1)."

No sabemos cuáles fueron los motivos de una suspensión tan impía como injusta; pero seguramente que fué inspirada por el odio sectario de los enemigos de la Religión, que por desgracia disponían del poder. Habían trabajado ya harto, pero inútilmente, por desacreditarle entre el pueblo, valiéndose de torpes calumnias, llamándole ignorante, grosero en los modales, tosco en el decir, y qué sé yo cuántas otras co-

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

sas, que manifestaban á las claras las viles pasiones que movían á los detractores. Mas todo fué en vano, pues lejos de disminuir un punto con estas calumnias la gloriosa fama de santidad y divina elocuencia que como aureola de luz le seguía en todas partes, contribuyó más bien á acrecentarla, así porque dió ocasión al Siervo de Dios de hacer brillar su heroica paciencia y mansedumbre, como principalmente porque muchas personas, llevadas de la curiosidad de oír á un predicador de quien tan opuestas cosas se decían, entraban en la iglesia y salían de ella compungidos y maravillados de la virtud y doctrina del celoso predicador. Y como lejos de mancillar con las calumnias la reputación de que el P. Claret gozaba, sus enemigos con ellas la extendieron y realzaron, llenos de despecho apelaron á la fuerza, que fué siempre el postrer recurso de todos los tiranos.

Mandáronle que se presentase en la Alcaldía, y obedeció. Ya en la antesala adivinó que se trataba de algún atentado contra su persona, y oyó además de los de dentro y vió en ellos otras cosas desagradables. Llamado á la sala, entró en ella con ademán grave y tranquilo; comunicáronle en seguida la orden por la que se le prohibía predicar; pero él, con apostólica entereza, respondió: "El Evangelio dice: Cuando en una ciudad os persiguieren, huid á otra. Pero yo me pondré á las órdenes de mi Superior eclesiástico." Cuando, pocos años después, nuestro Padre Fundador refería este hecho á los primeros Padres de nuestra Congregación, estaba ya él elegido para arzobispo de Cuba, al paso que todos los fautores de aquella injusta persecución habían bajado prematuramente al sepulcro. ¡Justos juicios de Dios!

2. Privado inicuaente de ejercer el sagrado ministerio del púlpito, con permiso del Prelado se retiró á Pruit, donde se hallaba de párroco-económico su íntimo amigo el Dr. Don Miguel Alibés. Sobrábale esfuerzo y valentía, y jamás hubiera retrocedido ante sus perseguidores si el Vicario capitular no le hubiera insinuado la conveniencia de ceder por entonces á la persecución para evitar mayores males á la afligida Iglesia. Allí fué donde en el seno de la amistad expresó los deseos que tenía de derramar la sangre por la causa de la fe y el valor que ésta le infundía. "Aunque hubiera sabido,—dijo á D. Miguel,—que al subir al púlpito me estaban aguardando

con puñal en mano para asesinarme, no hubiera vuelto atrás. Mi Superior es á quien he obedecido (1)."

Situada la parroquia de Pruit en despoblado, entre Vich y Olot, en una pequeña llanura al pie de las montañas llamadas de Collsacabra, donde los árboles frondosos y los verdes prados convidan á alabar al Criador, á pesar de los rigores del invierno, más crudo allí que en otras partes, se presta admirablemente á la oración y al estudio, razón por la cual la escogió el Siervo de Dios para morar en ella mientras durara aquella borrasca. Esta templada mezcla de rigor y de poesía tenía para su alma irresistibles atractivos, porque de un lado aquél maceraba el cuerpo, enemigo del espíritu, y de otro ésta le ayudaba á levantar á Dios con suavidad el pensamiento, cosa de que él mucho gustaba por lo muy de veras que amaba al Señor. Grande fué la alegría y el regocijo de los moradores de Pruit al ver entre ellos al apostólico varón que hacía tiempo la fama pregonaba. Cristianos ellos de fe práctica y de carácter dócil, nada deseaban tanto como oírle predicar; y como fuera ésta también la voluntad del amable Cura no pudo resistirse, y lo verificó con gran contento y no menos fruto de los buenos feligreses. Por las mañanitas, durante el tiempo que en ella estuvo, que fué como de dos meses, antes que los fieles salieran á las faenas del campo ó á sus tareas domésticas, administraba en la iglesia los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Mas ¿en qué empleaba el laborioso Padre lo restante del tiempo? Con poquísimos pero expresivos términos nos lo dice uno de los sacerdotes que allí estaban en aquella fecha.

"Sus operaciones eran orar, estudiar y exhortar al amor de Dios en la comida y en los brevísimos ratos de conversación." Su oración mental era tan larga, que uno de los testigos más autorizados en el Proceso informativo para la introducción de la Causa de beatificación del Siervo de Dios, declaró que llegaba á siete horas (2). A ella juntaba el ayuno cotidiano, que alargó por semanas y meses enteros, y lo hubiera hecho á pan y agua si el director de su conciencia se lo hubiera permitido.

No tardó en esparcirse la voz por las parroquias limítrofes

(1) Rdo. D. Pedro Roquet, carta del 23 de Diciembre de 1870.

(2) Ilustre Dr. D. Esteban Serra, canónigo de la Iglesia Catedral de Vich.

de que *Mosén Antón Claret* se hallaba en Pruit, y luego llovieron comisiones y peticiones de párrocos y feligreses que le instaban á que fuese á predicar á sus respectivas iglesias. La mies era mucha y estaba en sazón, aguardando que los obreros evangélicos vinieran á recogerla para colocarla en las trojes del Padre celestial. Por otro lado, el P. Claret sentía arder en su pecho un celo extraordinario por la gloria de Dios y la salvación de las almas, que le consumía las carnes y apenas le dejaba respirar ¿Cómo, pues, despreciar tan oportuna ocasión? Pero no, el humilde Misionero, que ante todo deseaba cumplir la voluntad de Dios, contuvo los ardores de su celo, consultó á su Prelado sobre el caso, y aunque éste no le mandó que se abstuviera, pues se contentó con insinuarle que por ventura fuera mejor dejarlo por entonces, bastó esto para abstenerse, porque deseaba hacer siempre lo más perfecto, que consiste en obedecer, no sólo al precepto, sino á la simple insinuación de los que en nombre de Dios nos gobiernan.

Esta conducta edificó sobremanera á los sacerdotes comarcanos, porque con ella dió pruebas de su grande abnegación, pues otro menos virtuoso que él hubiera manifestado el fruto copiosísimo que de aquellas Misiones se esperaba, los ardientes deseos de los pueblos y las instancias de los señores curas párrocos, á más de que no había ningún peligro en aquellas poblaciones, á las que no se extendía la jurisdicción del jefe político de la provincia de Barcelona, que era quien le había prohibido predicar, y aun quizá esta prohibición sólo se extendía á la ciudad de Vich. Semejantes observaciones, hechas con respeto hubiéranse tenido por hijas legítimas del celo por la salvación de las almas, y acaso hubieran hecho mudar de parecer al señor Gobernador eclesiástico, trocando su silencio en permiso absoluto y positivo; mas el Siervo de Dios, por lo mismo que se sentía inclinado á este partido, receloso de los engaños del amor propio hizo en este caso lo que le pareció y era en realidad de mayor abnegación, esperando que el Señor supliría por otro lado y dispondría las cosas del modo que hubieran de contribuir á su mayor gloria.

3. No tardó, en efecto, en poder reanudar más ó menos sus tareas apostólicas. Pasados como unos dos meses de su permanencia en Pruit, se serenó algún tanto la tormenta levantada contra él y tornó á su habitual residencia de Vich, para es-

perar allí tranquilamente que acabase de pasar la tempestad y viniese la bonanza, y poder extender algo más entretanto la esfera de su acción en beneficio de los prójimos. Puesto en la capital de la diócesis, no perdía un instante de tiempo. Unas veces oraba, otras se dedicaba al estudio, ora visitaba á los enfermos, ora predicaba á las Comunidades religiosas. También á las veces, por orden de su Superior, iba á predicar á los pueblos donde no había peligro que le impidiesen ejercer el sagrado ministerio.

Hizo el P. Claret en este tiempo un acto de mortificación que, por ser tan extraordinario, merece contarse en este lugar. En un pueblo que dista como una legua de la ciudad de Vich, llamado Santa Eugenia de Berga, á causa de las tristes circunstancias de la época estaba de Cura ecónomo el sabio y virtuoso P. Buenaventura Biadiu, sacerdote del Oratorio. Era íntimo amigo de nuestro Misionero, y como tal iba con frecuencia á visitarle á la capital de la diócesis, unas veces de su propio ánimo y otros invitado por el P. Claret. En una de estas visitas amistosas convinieron ambos en obsequiar á María santísima con una devota peregrinación al santuario de Puiglagulla, que está como á una hora de distancia ó algo más de Vich, y en donde se venera una imagen milagrosa de la Madre de Dios. Acaeció, pues, que en el camino comenzaron á trabar pláticas de Dios, á las cuales parecía convidarles el verdor y la hermosura de los prados que á los lados tenían; mas al poco rato de salir de casa metióse dentro del zapato del P. Claret una molesta piedrecita que le hirió el pie hasta sacarle sangre; mas andaba el Siervo de Dios tan embebido y absorto en su conversación espiritual, y tan fija tenía la mente en el Señor, que ni lo advirtió ni prorrumpió en queja alguna, ni siquiera dió, como parecía natural, señal de incomodidad ó estorbo en el andar. Y no se crea que el dolor fué cosa baladí ó pasajera, porque le llegó á hinchar el pie y buena parte de la pierna, de modo que vueltos á casa no le fué posible á nuestro Padre quitarse por sí mismo el zapato, sino que hubo menester de la ayuda de un criado, á quien espantó y maravilló en gran manera la paciencia y silencio del santo Misionero (1). Así aquel santuario, rodeado de frondosos bos-

(1) Carta del P. Pablo Coma, del Oratorio.

ques, adonde muchos van por recreación, fué á nuestro Padre ocasión de ejercitar la paciencia y la mortificación, aunque el Señor por otro lado y la santísima Virgen le favorecieron con grande suavidad y regalo en el alma.

4. Hallóse por este tiempo en un gran conflicto la parroquia de San Juan de Oló, que pertenece á la diócesis de Vich y forma parte del arciprestazgo de Manresa. El señor párroco, falto de salud y de fuerzas, no podía dar el pasto espiritual á su rebaño, que se veía á la sazón en gran peligro de ser presa del lobo infernal á causa de las deplorables divisiones de los habitantes del pueblo, de las cuales eran causa principal respetables cabezas de familia. Para colmo de desdichas, el señor Cura, que con sus sabios consejos calmaba algún tanto los ánimos, hubo de ausentarse para tomar los baños de mar que le habían sido prescritos por los médicos, y así la desgraciada población necesitaba de pronto y eficazísimo remedio, pues de otra suerte podrían ocurrir gravísimos desórdenes que costarían lágrimas de sangre.

Algunos discretos feligreses de la misma parroquia, en tan triste situación se presentaron al Prelado, y con gran respeto y confianza le expusieron sus angustias y le pidieron humildemente que les enviase algún virtuoso sacerdote que fuera poderoso á remediarlas. Después de haber escuchado su relación con suma amabilidad é interés el celoso y prudente Gobernador eclesiástico, les consoló diciendo: "Os enviaré un sacerdote, á quien recibiréis todos con gusto." Y habiendo llamado al P. Claret, le mandó pasar á la parroquia de San Juan de Oló. Acaeció esto á fines de Mayo de 1842.

Encargado el Siervo de Dios interinamente de aquellas necesitadas ovejas, las apacentó con el mismo amor y celo con que lo hizo en todas partes. A los pocos días de su permanencia en la nueva parroquia llegó la noticia de que había fallecido en Barcelona el Sr. Arqués, cura propio de ella, lo cual obligó á nuestro Padre á seguir por entonces dirigiendo aquella iglesia, con mucho regocijo de los fieles y no menos provecho de sus almas. Ya desde los primeros días cesaron las discordias y se unieron en armoniosa paz todos sus habitantes. "¡Cosa admirable!, — exclama el ingenioso autor de las Memorias. — Apenas hubo llegado allí, cuando los discordes se pusieron de acuerdo en una misma idea y sentimiento, como

si uno de los ángeles de paz que anunciaron á los pastores de Belén el nacimiento del Salvador del mundo se hubiese aposentado en San Juan de Oló y forzado á retirarse de allí al espíritu de discordia. El trato simpático, humilde y sumamente amable del que regentaba en aquellos días la parroquia, fué el bálsamo que curó del todo las heridas, la piedra angular que unió las voluntades, el sol que iluminó las almas y el imán que atrajo á sí los corazones (1)."

Si tan copiosos frutos con su prudencia y celo recogió el Siervo de Dios en sus conversaciones familiares, no menos abundantes los alcanzó en sus predicaciones apostólicas. Luego que se supo en los pueblos vecinos que el P. Claret residía en San Juan de Oló, acudió á esta parroquia innumerable gentío ansioso de oírle, y era tal la afluencia de todas partes que nunca en Oló se había visto cosa parecida. Así se desprende del testimonio que dió el presbítero D. Francisco Coma, encargado en años posteriores de la misma parroquia, y, por consiguiente, depositario de las tradiciones que de nuestro gran Misionero todavía allí se conservaban. En carta escrita al Rdo. P. Agustín Manubens, de nuestra Congregación, dice, entre cosas, lo siguiente: "El Sr. Claret era admirable en sus sermones; á ellos acudía gente de muchas leguas de distancia; la asistencia era tan numerosa que jamás se ha visto igual en aquel país, ni en los novenarios, ni en las Misiones que se han dado en los años sucesivos."

Contribuía no poco á tan extraordinario concurso de personas la creencia común de que Dios favorecía á su Siervo concediéndole la gracia de curar á los enfermos sin necesidad de medicinas, pues varios, en efecto, aquí como en Viladrau, curaron con remedios sencillísimos que el varón de Dios les prescribía, y algunos sin más que encomendarlos al Señor; y así unos como otros, después de recobrada la salud, tornaban á él para darle gracias por ella, pues la atribuían á los méritos del que cariñosamente llamaban *Mosén Antón Claret*.

En esta población fué también donde el Señor le comenzó á descubrir las conciencias de los hombres dándole á leer como en un libro los pecados de muchas personas, y no cabe duda que allí recibió esta gracia extraordinaria, pues un día, mien-

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.